

SEPARATA DEL LIBRO "POLENTA" de Mauricio Belmonte Pijoán



Graciela y Yolanda pasean por los alrededores de la finca de su padre.



Paolo Angeleri durante la época en que tuvo mayor prosperidad. Archivo: Rosa Pijuán, 2006.



Los hermanos Angeleri, Juan y Ernesto, posan en un banco de la plaza de San Pedro, Archivo Rosa Pijuán, 2006.

PAOLO GIOVANNI ANGELERI, EL "GRINGO" PIAMONTÉS

Durante mucho tiempo no hubo persona o medio que calmará el dolor de Rosa. Vanos eran los esfuerzos de Don Giuseppe para tratar de aliviar un poco la aflicción que invadía el alma de su mujer. Rosa lloraba incluso cuando dormía, a tal punto que las mismas lágrimas ya no acudían con la facilidad de los primeros sollozos. El dolor y la desesperación permanecían incrustados en su pecho, y no era para menos, Paolo, su hijo adolescente, se había marchado repentinamente.

Con tan sólo diez años, Paolo Angeleri tuvo que prepararse para asumir con firmeza los cambios bruscos que registraría su vida. Él era conciente –o al menos esa idea cruzaba por su mente– que no tendría más al alcance de las manos las caricias dulces de su madre ni los consejos y admoniciones severas de Don Giuseppe. Por ello, quería sentirse seguro de la decisión que había tomado. De ninguna manera sería sencillo cambiar el viejo y ancestral calor de hogar que emanaba de la casa de Cerro Tanaro por la fría incertidumbre que le aguardaba agazapada en el vapor transoceánico que lo transportaría hasta la Argentina. Paolo deseaba cuanto antes ser un hombre completo, seguro de sus actos y firme en sus decisiones. Por lo tanto, había que desechar lo más pronto posible la idea de haber actuado con la ingenuidad de un chico piamontés que se dejaba llevar como un borrego por las ofertas e ilusiones de ultramar que le ofrecía el tío Giovanni. No, Paolo estaba seguro de cada uno de sus actos y debía actuar según los dictados de su corazón. En Sudamérica le esperaba un destino que sólo él podría amoldar a su conveniencia.

Así, Giovanni Pisterna arribó a la costa Argentina acompañado por su joven sobrino y su pequeña hija María Cristina. La intención del grupo familiar estaba en continuar el viaje hasta los valles templados bolivianos. En ese lugar aguardaban los posibles contactos y el negocio que Giovanni quería llevar adelante. De esta forma, los tres italianos llegaron hasta esta remota y pintoresca región boliviana dispuestos a iniciar una empresa de largo alcance. Paolo quedó maravillado ante la armonía del paisaje que lo rodeaba. No era el verde valle piamontés colmado de parrales, que sus ojos todavía se empecinaban en retener, el que tenía al frente, pero la

tranquilidad y frescura que esparcían aquellas campiñas le reconfortaban el espíritu. No pasó mucho tiempo y Giovanni ya estaba insertado en las costumbres de la sociedad cochabambina. Su vocación y talento para emprender cualquier negocio le empezaban a dar réditos. En cambio, su joven y desorientado sobrino optó por adentrarse en las entrañas de aquella agreste tierra que los acogía.

Paolo hizo su equipaje para viajar hacia las tierras altas de Bolivia. Sus ojos verdes – como la vid de su tierra natal– no daban crédito ante la naturaleza espléndida que asomaba por el camino. Sin duda, este país vecino de la Argentina de los inmigrantes ejercía un magnetismo incomprensible en el subconsciente del muchacho italiano. Los rostros taciturnos y cobrizos de los pobladores indígenas robaban frecuentemente su atención junto al desconcertante contraste que ofrecía el paisaje. Ya en Oruro, ciudad de elevadas mesetas altiplánicas y de arraigada estirpe minera, Paolo encontrará trabajo temporal como ayudante transportando el mineral que se extraía de los gélidos socavones. Sin embargo, las extenuantes y poco remuneradas jornadas laborales darán lugar a que el joven italiano proveniente de Asti dirija sus pasos hacia otros confines de este llamativo país.

Motivado y con la esperanza de centrar sus energías en un verdadero proyecto de vida, Paolo recaló en la frontera con el Perú. En el poblado de Yunguyo conocerá a Giovanni Passano, italiano afincado con anterioridad en esta zona del altiplano peruano. El hijo de Don Giuseppe trabajará sin tregua en el almacén de su amigo y paisano obteniendo un capital suficiente para independizarse y poder así instalar su propio negocio. Con el transcurso del tiempo encuentra respaldo y amistad en la persona de Nicolás Audibert, piemontés emprendedor que lo ayudará en la consolidación de sus negocios. Juntos, construyeron el edificio de la guardia policial, y los productos que ambos importan y comercializan ayudan notoriamente a nutrir la vida económica de esa pequeña provincia peruana. El Gringo Angeleri, como se lo conocía en ese entonces, logró prosperidad y renombre en toda la comarca. Con frecuencia viajaba hacia la ciudad de La Paz para depositar las libras esterlinas, que sus ganancias le otorgaban, en el Banco Alemán de esta urbe.

Sin embargo, en los planes de Paolo nunca estuvo previsto regresar a su tierra natal. De nada valió el viaje extenso y agotador de Don Giuseppe para persuadirlo. Él estaba acostumbrado a pasearse por el pueblo en las grupas de su yegua preferida y sus viajes los hacía a bordo de un aparatoso pero eficiente bólido Harley Davidson. Además, Paolo ya no estaba solo, hace un tiempo atrás se había casado en la localidad de Zepita con la hija de un prospero hacendado boliviano. De su matrimonio con Elena Zapata tendrá seis hijos: Ernesto, Yolanda, Juan, Graciela, Juana y Julio. Nada lo hacía más feliz que haber consolidado un hogar, así fuera lejos de Italia.

Paolo Giovanni Angeleri (1901-1953) muere en La Paz, cuando los árboles empezaban a despojarse de sus primeras hojas bajo un sol tibio de otoño.